

INFORME

DEL CENTRO MEMORIAL DE LAS VÍCTIMAS DEL TERRORISMO

— N.º 8 • MARZO 2020 —

NOTAS SOBRE UNA INVESTIGACIÓN (PARA ESCRIBIR *UNA TUMBA EN EL AIRE*)



Adolfo García Ortega

Con postfacios de
Faustino López de Foronda
y Coral Rodríguez Fouz

NOTAS SOBRE UNA INVESTIGACIÓN

(PARA ESCRIBIR *UNA TUMBA EN EL AIRE*)



Adolfo García Ortega
Una tumba en el aire



Galaxia Gutenberg

Adolfo García Ortega

Con postfacios de
Faustino López de Foronda
y Coral Rodríguez Fouz



CENTRO
MEMORIAL
DE LAS VÍCTIMAS
DEL TERRORISMO

INFORME DEL CENTRO MEMORIAL DE LAS VÍCTIMAS DEL TERRORISMO

N.º 8 • MARZO 2020

Director: Florencio Domínguez

Responsable de Archivo, Investigación y Documentación: Gaizka Fernández Soldevilla

© Adolfo García Ortega, Faustino López de Foronda y Coral Rodríguez Fouz

© Fundación Centro para la Memoria de las Víctimas del Terrorismo

C/ Olaguibel, nº 1. 01071 Vitoria-Gasteiz

Depósito Legal M-4550-2017 / ISSN 2530-5328

Diseño: Miguel Renuncio

Producción: Editorial MIC (www.editorialmic.com)

Fotografía de portada: cubierta de *Una tumba en el aire* (Galaxia Gutenberg, 2019).

La edición de este *Informe* es fruto de un proyecto realizado en colaboración con la Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa.

Las fotografías que aparecen en el *Informe* forman parte del archivo personal de los autores.

ÍNDICE

	Página
Una deuda pendiente, un vil calvario	
<i>Florencio Domínguez</i>	11
Notas sobre una investigación (para escribir <i>Una tumba en el aire</i>)	
<i>Adolfo García Ortega</i>	15
Una obra necesaria	
<i>Faustino López de Foronda</i>	34
Gracias	
<i>Coral Rodríguez Fouz</i>	39
El autor	44

UNA DEUDA PENDIENTE, UN VIL CALVARIO

Florencio Domínguez

Director FCMVT

Humberto Fouz, Fernando Quiroga y Jorge García fueron secuestrados, asesinados y hechos desaparecer en territorio francés el 24 de marzo de 1973, hace nada menos que 47 años. Los autores de aquel triple crimen que aún viven guardan silencio casi medio siglo después. Guarda también silencio ETA, la organización a la que pertenecían los asesinos.

En abril de 2018, la banda terrorista se despedía publicando su último boletín, en el que asumía oficialmente algo que todo el mundo sabía que había sido obra suya: el atentado contra la madrileña cafetería Rolando perpetrado en septiembre de 1974 y que había causado una masacre de civiles. Puestos a saldar cuentas con el pasado, la banda terrorista pudo haber aprovechado para informar del paradero de Humberto, Fernando y Jorge, pero no lo hizo. Dejó pasar la oportunidad, quizás la última, de dar consuelo a unas familias que todavía siguen esperando a que un día aparezcan los restos de sus allegados para despedirse de ellos de forma digna y para cerrar un duelo que se ha prolongado durante mucho tiempo. Como siguen esperando también los familiares de otros dos desaparecidos, Eduardo Moreno Bergareche, *Pertur*, y José Miguel Echeverría, *Naparra*, en paradero desconocido desde 1976 y 1980, respectivamente.

Mientras los restos de los desaparecidos no se recuperen, seguirá habiendo una deuda pendiente con sus familias, una deuda de la que los responsables principales de saldarla son quienes cometieron los crímenes, pero también aquellos otros del entorno que tienen información o que saben quién la tiene y no hacen nada para desvelar lo que ocurrió con las víctimas.

Irlanda del Norte ha sido durante mucho tiempo el referente de ETA y su entorno, que invocaron como modelo a imitar todo el proceso que condujo a los acuerdos de paz de Viernes Santo, en 1998. Aquellos que con tanto entusiasmo aplaudieron el modelo norirlandés de paz deberían tomar nota y aplicarse la lección de lo que allí se hizo con los desaparecidos del IRA.

El Ejército Republicano Irlandés (IRA) asesinó a 17 personas e hizo desaparecer sus cuerpos. A raíz del proceso de paz, el IRA se vio obligado a revelar el paradero de sus desaparecidos y entre 1998 y 2013 fueron localizados 10 de esos cuerpos, cuyos restos fueron entregados a sus familiares. El 4 de noviembre de 2013, el entonces viceministro principal de Irlanda del Norte, Martin McGuinness, hizo un llamamiento público para que se facilitara información sobre los siete casos que en esa fecha todavía estaban por localizar. Definió la situación

como “un vil calvario” para los familiares y, además, asumió sus responsabilidades en los hechos “como líder republicano”. Al año siguiente se encontraron los restos de otro de los desaparecidos.

También en 2013, dos actores nacidos en Irlanda del Norte, Liam Neeson y James Nesbitt, protagonizaron una campaña publicitaria encaminada a facilitar la localización de los cuerpos que faltaban:

El dolor causado por la muerte de un familiar es casi inimaginable —declararon Neeson y Nesbitt en un comunicado conjunto—. El dolor por no saber dónde se ha enterrado en secreto a ese familiar asesinado y la imposibilidad de las familias para llorarlos adecuadamente son casi insoportables (...). Aunque está bien reconocer que Irlanda del Norte ha llegado lejos como resultado de los procesos de paz y político, esas siete familias aún viven en un limbo inhumano y cruel.

Los dos actores habían protagonizado cuatro años antes la película *Cinco minutos de gloria*, en la que se refleja el encuentro ante la televisión entre un antiguo terrorista, interpretado por Neeson, que regresa con aire triunfador, y el hermano de su víctima (interpretado por Nesbitt), que acude al encuentro como el derrotado de la historia.

A quienes tienen información sobre el paradero de los desaparecidos les corresponde la responsabilidad de facilitarla, aunque sea por cauces anónimos, para que las familias dejen de vivir en el “vil calvario” del que hablaba McGuinness.

La justicia, que no fue eficaz para aclarar los crímenes cuando estaba a tiempo, se inhibe ahora tras una investigación sumaria. La familia de *Pertur*, en 2008, intentó sortear la prescripción alegando que no había tal prescripción porque, a pesar de haber transcurrido 32 años desde el secuestro y desaparición, el cuerpo seguía sin aparecer y el delito seguía vivo. Era un argumento parecido al que utilizaron algunos jueces argentinos para sortear las leyes de “punto final”, ya que consideraron que el delito seguía cometiéndose cada día mientras no aparecieran los cuerpos. No era un delito del pasado, sino un delito que se cometía después de promulgadas las leyes de “punto final”.

El Estatuto de Roma de 1998, que crea la Corte Penal Internacional, tipifica la desaparición forzosa de personas como crímenes de lesa humanidad y se declara a la Corte Penal Internacional como competente para juzgar este tipo de crímenes. El Estatuto, además, declara que esa clase de crímenes no prescriben.

“Por desaparición forzada de personas —dice el Estatuto aprobado por las Naciones Unidas— se entenderá la aprehensión, la detención o el secuestro de personas por un Estado o una organización política o con su autorización, apoyo o aquiescencia, seguido de la negativa a informar sobre esas personas, con la intención de dejarlas fuera del amparo de la ley por un periodo prolongado”.

Fuese por el argumento esgrimido por la familia de Eduardo Moreno Bergareche o por otros razonamientos jurídicos, el caso es que el entonces titular del Juzgado Central de Instrucción número 4, Fernando Andreu, investigó durante cuatro años la desaparición de *Pertur* interrogando a antiguos miembros de ETA, incluidos destacados dirigentes de la banda, a miembros de la extrema derecha italiana, a responsables policiales y a varias personas que pudieran tener alguna información sobre el suceso. Al final, ante la imposibilidad de formular una acusación contra ninguna persona, decretó el sobreseimiento provisional. Pero la investigación se hizo, se interrogó a todos los que se consideró que podían tener alguna implicación en la desaparición y llegó hasta donde pudo llegar. Sólo después se archivó.

La investigación más amplia y concienzuda que se ha realizado en torno al secuestro, asesinato y desaparición de Humberto, Fernando y Jorge es la que ha llevado a cabo Adolfo García Ortega para documentar su novela *Una tumba en el aire*. El escritor ha tratado de localizar y de hablar con todos los que podrían estar relacionados con el caso, con aquellos otros que pudieran tener alguna información, bien por formar parte de ETA, bien por ser miembros de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Ha hecho el trabajo que tenían que haber realizado las instituciones.

El resultado del esfuerzo de Adolfo García Ortega es la reconstrucción literaria de lo ocurrido a los tres amigos, vecinos de Irún, pero originarios de Galicia. Una buena trama argumental apoyada en un texto de excelente calidad ha dado lugar a una novela que, desde la literatura, constituye una gran aportación para el mejor conocimiento de uno de los episodios más oscuros de la historia de ETA. *Una tumba en el aire*, al igual que *Patria* y otras novelas, opera desde la ficción para proporcionarnos un conocimiento eficaz de los años del terrorismo etarra con la misma verosimilitud que tendría un ensayo histórico. La obra literaria tiene la capacidad de transmitir información con la misma calidad que el mejor documental, con la ventaja de que lo hace mediante la apelación a las emociones que genera el trabajo artístico.

El filósofo Reyes Mate ha escrito que “el daño dura mientras no sea saldado. Da igual el tiempo transcurrido (...). ¿Cómo se trae al presente el daño no reparado? Mediante el testimonio y la memoria, la memoria de las víctimas”.

Recuperar la memoria de las víctimas, de tres víctimas desaparecidas, es, precisamente, el objetivo de esta publicación.

Las Naciones Unidas, en la Resolución 2005/66 de la Comisión de Derechos Humanos, destacan “la necesidad imperativa de que la sociedad en general reconozca el derecho que asiste a las víctimas de violaciones manifiestas de los derechos humanos y violaciones graves de las normas internacionales de derechos humanos, así como a sus familias, en el marco del sistema jurídico interno de cada Estado, de

conocer la verdad sobre esas violaciones, en particular la identidad de los autores y las causas, los hechos y las circunstancias relacionados con las violaciones”.

La Comisión de Derechos Humanos de la ONU insiste en “la importancia de respetar y garantizar el derecho a la verdad para contribuir a acabar con la impunidad y promover y proteger los derechos humanos”.

Pues bien, muchas víctimas del terrorismo no tienen satisfecho el derecho a la verdad cuando hay más de 300 casos de asesinatos cometidos por ETA —a los que hay que sumar varias decenas más de otras organizaciones terroristas, por ejemplo el del restaurante El Descanso, en 1985— que no han sido esclarecidos judicialmente y, por tanto, que no se sabe quiénes fueron los autores de los crímenes, crímenes que siguen impunes y que en muchos casos seguirán así para siempre, puesto que ya han prescrito y no hay forma de actuar legalmente.

En la Fiscalía de la Audiencia Nacional se ha asumido en los últimos años la idea de investigar crímenes pendientes, incluso en el caso que pudieran estar prescritos, con el propósito de poder facilitar a los familiares de la víctima una cierta información judicial sobre lo ocurrido, aunque el caso no termine en una sentencia. Es una forma de atender el derecho a la verdad, aunque no vaya acompañado del derecho a la justicia.

La verdad no sustituye a la justicia, pero mitiga el daño cuando esta última no existe.

El 30 de mayo de 2019 el Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo y la Fundación Fernando Buesa Blanco organizaron la presentación en Vitoria de la novela *Una tumba en el aire*. En el acto participaron Faustino López de Foronda, patrono de la Fundación Fernando Buesa, Florencio Domínguez, director del Centro Memorial, Coral Rodríguez Fouz, sobrina de José Humberto Fouz, y Adolfo García Ortega, autor del libro. Al final de este informe se recogen los textos de las conferencias que dieron Faustino López de Foronda y Coral Rodríguez Fouz en la presentación de la obra.

NOTAS SOBRE UNA INVESTIGACIÓN

(PARA ESCRIBIR *UNA TUMBA EN EL AIRE*)

Adolfo García Ortega

“Su vida desapareció, pero no su nombre”
James Salter

- 1 Me contaron una historia oscura: la desaparición y asesinato de tres jóvenes españoles —Humberto Fouz Escobero, Fernando Quiroga Veiga y Jorge García Carneiro— en el sur de Francia por miembros de la banda terrorista ETA, cuyos cuerpos jamás han sido encontrados ni se sabe dónde están. Enseguida intuí que la historia me elegía a mí para ser escrita en forma de novela. Y no de otro modo podía ser, porque yo soy novelista, escritor, y veo la realidad desde esa óptica, la del relato, la del mito que exige ser contado. Poco después, inicié el proceso habitual de documentación. Leí artículos, vi vídeos, documentales, leí libros. Me acerqué a los hechos.
- 2 La noche del 24 de marzo de 1973, de regreso a España desde Biarritz donde habían ido a ver la película *Último tango en París*, aquellos tres jóvenes pararon en un par de discotecas. En una, La Licorne, había un grupo de etarras que, al verlos, los confundieron con policías españoles. En aquellos años, ETA, muy dividida internamente, entraba en la paranoia de sospechar de todo tipo de posibles confidentes de la Policía española y a temer que los agentes mismos se hubieran infiltrado entre los refugiados políticos que estaban en San Juan de Luz y Bayona. Los etarras, en número de cinco y liderados por Tomás Pérez Revilla, alias *Hueso* o *Tomasón*, siguieron a los tres jóvenes y, cuando estos entraron en una segunda discoteca, La Tupiña, decidieron abordarlos y averiguar qué estaban haciendo allí. En el aparcamiento de la discoteca tuvieron el primer enfrentamiento. Como no confesaron

que fueran policías, decidieron darles una paliza en una playa cercana. Allí, uno de ellos —Jorge, probablemente— muere debido a un golpe fulminante asestado por uno de los etarras que los retenían.

- 3 Me identifico con esta frase de Virgilio en *Bucólicas*: “Nosotros cantamos para los sordos”.
- 4 Lógicamente, me meto a fondo a investigar, pero no como haría un periodista o un historiador, sino como hace un escritor de novelas, buscando escenarios, indicios, iluminaciones y rastros que permitan urdir una versión verosímil reconstruida. Y buscando a los personajes, que es como decir buscando seres humanos. Reconstrucción que se parece a un puzle al que le faltan piezas que hay que fabricar basándose en las ya existentes. Lo primero que constaté fue que había un olvido de estos tres jóvenes muy grande, de años; solo figuraban en el recuerdo de sus familias, un recuerdo detenido en aquella infausta noche de 1973. Su herida está aún abierta.
- 5 Previamente ya había querido escribir de ETA, como algo que moralmente me parecía que debía abordar un escritor español que ha vivido su vida en el mismo tiempo que la banda terrorista. Primero traté de acercarme a *Yoyes*. No salió nada porque la novela no me eligió. Luego a Lasa y Zabala —Pilar Urbano me dio el contacto de un periodista que no me sirvió de mucho—. La novela no me eligió. En tercer lugar, me impresionaba imaginar los 532 días de encierro de Ortega Lara. La novela tampoco me eligió. La de los gallegos, enseguida intuí que me estaba destinada.
- 6 X.X., una periodista especializada, me puede poner en contacto con un etarra que es una fuente suya, una fuente secreta. Convenimos un nombre falso: *Ander*. No puedo decir nada de él, solo que tiene a sus espaldas varios asesinatos y no pocos años de cárcel. Ya ha cumplido con la Justicia. Está en Sortu. No puedo contar nada de él a nadie más. Es un secreto absoluto.
- 7 X.X. me escribe un email:

Hola, de nuevo. He hablado con el etarra. No le he preguntado si se reuniría contigo. Si quieres, lo hago. En cualquier caso, se ha ofrecido a colaborar. Le he pasado los nombres y dice que, aunque son gente mayor, preguntará a su gente de confianza para encontrarlos. Sí me ha dicho que él siempre había escuchado que a los tres chicos gallegos se los habían cargado *Tomasón* y *Aya Zulaika*, *Trepa*, que desgraciadamente para nuestros efectos, también murió. Me ha dicho también que él dudaba de que fuese *Peixoto*, como cree W., porque *Peixoto* en aquellos años era un tipo importante que no se iba a rebajar

a algo así. No obstante, si se tratara de *Peixoto*, este etarra sí está vivo. Vive en el sur de Francia. Hace años fue objetivo de un atentado del Batallón Vasco Español y se quedó ciego de un ojo y medio ciego de otro. Esto le tiene aislado del mundo, pero mi etarra se ha ofrecido a ayudarte si tienes interés en localizarlo.

8 Un amigo me pasa un contacto con Coral Rodríguez Fouz. Le escribo un email:

Estimados Coral y Javier, ante todo, muchas gracias por atenderme. Como le comenté a Javier por teléfono, soy escritor —tengo una dilatada carrera de publicaciones literarias a mi espalda y he trabajado toda mi vida en el mundo del libro y de la comunicación—. Quizá en la web que os indico podréis haceros una idea de mi trayectoria.

Hace un par de meses, de manera casual, llegó a mi conocimiento la historia del asesinato y desaparición del tío de Coral y de sus dos amigos. Fue como una revelación para mí. En seguida vi la posibilidad de una novela, con la misma fuerza con que he visto las historias de mis novelas anteriores. Sé que es un poco absurdo, pero tengo la impresión de que son las novelas las que eligen a los escritores y no al revés. En mi caso ha sido siempre así. Y ahora, con esta historia, tengo esa misma sensación de modo muy claro. La novela que estoy concibiendo tiene, desde luego, un punto de vista decididamente a favor de las víctimas. Será en todo momento respetuosa y delicada hacia las familias de esas víctimas. He tomado partido por la justicia, en este sentido, y creo que la literatura es la única vía en la que la restitución de la memoria queda fijada en el tiempo, más que el trabajo de los historiadores o de los periodistas.

Como en todas mis novelas anteriores, hay un detallado trabajo de documentación. Y en ese trabajo estoy metido de lleno ahora mismo.

Pero sobre todo, y más en este caso tan sensible, hay una labor de honestidad y respeto para con la veracidad de los hechos, que requiere pasar por el acercamiento a los familiares.

Primero, para presentaros y hablaros de mi intención narrativa (es, en cierto modo, lo que estoy haciendo con este email). En segundo lugar, para despejaros cualquier temor o duda que tuvierais sobre cualquier deformación de la veracidad de los hechos. Y en tercer lugar, para solicitaros —especialmente a Coral— cierta información que dé consistencia a esa veracidad, una información quizá “atmosférica”, pero necesaria.

Esa información (del tipo de qué gustos tenían los tres jóvenes, cuál era su ciudad de origen, qué aspiraciones en la vida, qué música oían, qué elementos singulares de su personalidad, etc.) es importante para el escritor, de cara a imaginarlos y ofrecer a los lectores una imagen cercana a la realidad. Al menos, a la realidad de la ficción, pues no perdamos de vista que mi historia será una novela, es decir, una metaforización aproximada y libre. Es una información que solo puede provenir del entorno familiar.

Se da, además, una casualidad añadida, que me une a Coral: en mi caso también hubo un tío carnal fallecido en circunstancias terribles. Un hermano de mi madre, en 1943,

con 23 años, fue ejecutado por garrote vil por un crimen que no se sabe si cometió. El dolor de la familia fue enorme y duradero, en mi Valladolid natal. Mi primera novela (en 1989) fue la reconstrucción de ese hecho. Pero no os hablo aquí de ello ahora. Solo lo cito porque es algo que me une a Coral en su deseo de restitución de las víctimas.

Me gustaría mucho poder hablar con Coral de mi proyecto, de la forma literaria que le quiero dar, de a qué personas podría ver, etc. La novela se ceñiría al año 1973. No es, por tanto, una investigación orientada a descubrir nada nuevo, al menos en la novela. Aunque quizá mi novela haga que el asunto vuelva a ser noticia. En este caso, sería ya en 2018, que es cuando calculo que se publicaría.

Si Coral prefiere que la relación sea por email, en vez de cara a cara, estoy a su disposición. Estoy dispuesto a ir a veros a La Coruña —si es allí donde residís—. Y a charlar respetuosa y delicadamente de tan doloroso asunto, con tiempo y sin ninguna prisa, desde luego.

Creo en la fuerza de la literatura y en cómo las novelas crean y acercan la verdad de la historia con más eficacia que otras vías. Por eso mi interés, fundamental como novelista, es poder acercarme a las familias, como primer paso antes de nada.

Espero poder conoceros pronto. Os pongo aquí debajo mi web, así como mis datos.

Un saludo y de nuevo gracias por vuestra confianza, vuestro tiempo (este email es largo) y siento mucho haber despertado ese dolor con mi aparición. Quizá la literatura, a la larga, lo alivie.

- 9 Coral me llama. Hay sintonía y se presta a colaborar conmigo. Nos citamos en La Coruña para dentro de un par de semanas. Propongo a un amigo vasco, S., que me acompañe en un viaje a finales de abril por los escenarios de los hechos de los tres gallegos.
- 10 Conozco a Mikel Lejarza, *Lobo*. Cita a las 11:00 horas en Sexta Avenida, centro comercial de la A-6. Llegué antes. Espero. Él me identifica a mí. Infiltrado en aquellos años. Es cordial. Me cuenta una versión diferente de la que figura en Internet, me habla de una primera paliza a los chicos en una playa de San Juan de Luz, algo totalmente inesperado para mí, y me da información útil sobre los etarras que lo hicieron o estuvieron cerca. Hemos quedado en vernos más veces. Dos horas de conversación.
- 11 En un remoto pueblo de Aragón me cito con W., expolicía relevante en la lucha contra ETA. Me recibe en el reservado de un restaurante. Me da información sobre la verosimilitud de lo de la playa (que yo dudaba). Tuvo información sobre el caso, hasta donde pudo averiguar, que me vale para la novela. Me da nombres útiles. Me pasa dossieres. Una de las cosas que me cuenta es que la persona que en el 2000 le

proporcionó información sobre el caso, y que luego se echó a atrás, era un etarra que trabajaba para la policía y que en la época de los hechos estuvo en la cúpula de ETA. Le pido el nombre. Me lo dice, pero me pide que lo mantenga en secreto. Acepto. Alucinante. Guardaré el secreto. Le doy el nombre ficticio de *Víctor*.

- 12 Viaje a La Coruña. Encuentro con Coral.
Primera visita. Muy amable y cercana. Me sugiere que vuelva a hablar con otros familiares de Fernando y de Jorge. Ella facilitará contactos.
Me lleva a la calle Sinagoga, donde nació-vivió Humberto.
- 13 Llego a las 14:00 a San Sebastián. Cita con *Ander* en Centro Tabakalera. Me invita a comer en un sitio alejado que él conoce.
Ander tiene a sus espaldas tres asesinatos y 18 años de cárcel. Le pido que me facilite el contacto de *Peixoto*, *Mamarru*, *Ezkerra* y *Felisa Ziluaga* (viuda de Pérez Revilla). Trata de disuadirme de que esas personas no tienen nada que ver. Le digo que no lo creo. Me dice que para qué quiero verlos. Que *Peixoto* es un vegetal sin memoria. Insisto. Ya me dirá algo.
- 14 Me hospedo en el hotel Tryp Orly.
Esa tarde hablo por teléfono con *Víctor*. Primero trata de eludir tener que verme. Luego me dice que le llame al día siguiente a las cinco de la tarde. Le mando por SMS mi web, para que vea que soy un escritor de verdad.
- 15 Por la mañana, llamada de *Víctor*. Quiere verme. Que vaya a Hendaya, a tal hotel. Le digo que tengo una cita esa mañana. Entonces me dice que él se acercará a mi hotel. Le digo cuál es.
Mi cita de esa mañana es con R., un viejo amigo, y con M., su mujer. Fui padrino de su boda. Ahora está jubilado. Ha trabajado en el Ertzaintza. Recuerdos. Me aporta poca información.
- 16 A las 18:00, cita con *Víctor*. He aquí el informe de mi conversación con él:

El 27 de abril quedé con *Victor* en la puerta del hotel Tryp Orly a las 18:00. Cuando llegó, fuimos al Sebastopol, en la calle San Martín, un bar cercano al que solía ir el cantante Imanol ('Siempre pedía Voll Damm', me dice, como si me contara algo fascinante; a mí me parece una nimiedad) y estuvimos charlando dos horas y media, hasta las 20:30.
Empezó preguntándome cómo había conseguido su teléfono. Le doy la excusa de que me lo había conseguido un amigo de la cámara del libro de Bilbao cercano a Txalaparta. Luego dijo que había aceptado hablar conmigo porque al ver mi página web dedujo que yo era un escritor rojo (sic). Quizá porque colaboré en *El Urogallo* en los años 80, pensé.

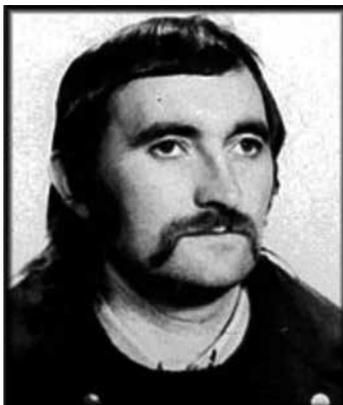
Hablamos de todo. Yo le digo que estoy escribiendo una novela sobre los etarras del 73 con el telón de fondo de la operación Ogro.

Justifica su época y sus acciones.

Se quita importancia pero se va animando y cada vez recalca más su protagonismo.

Saco el tema de *Txikia*.

Me dice que entonces todos adoraban y seguían a Eustaquio Mendizábal, *Txikia*, que era el jefe del aparato militar hasta que lo mata la policía en Algorta.



Yo le digo que he deducido que lo traicionó *Peixoto*. Él me dice:

—Lo has dicho tú, no yo.

Al cabo de unos segundos añade:

—Te diré que no me gusta nada *Peixoto*, no lo trago, es un tipo odioso. Bueno, todos nosotros de entonces odiábamos a *Peixoto*. Era un tipo oscuro, mezquino, y envidiaba mucho el carisma de *Txikia*.

Le digo que me han dicho que está un poco gagá, desmemoriado. Me dice que no, que está vivo y coleando y escribiendo frecuentemente en *Gara*.

—Como Pagoaga Gallastegui, claro.

Están enemistados y no quiere saber nada ni de él ni con él.

Luego me dice que cuando se encuentra con *Mamarru* y con *Ezkerra* (Música Arregui)

—con este último con bastante frecuencia—, lo ponen a parir. Luego empiezan a recordar cosas, anécdotas, hechos comunes, como batallitas de viejos melancólicos. La última vez fue en Bayona, el 8 de abril, cuando el desarme de ETA: se juntaron todos.

Sobre la operación Ogro, me dice que fue él mismo quien suministró los explosivos a *Argala*, que él fue responsable del robo del polvorín de Hernani.

También me dice que *Wilson*, en diciembre del 73, ya no tenía peso y que la decisión de matar a Carrero en realidad la tomó él, el propio *Victor*, después de que siguiera habiendo dudas e indecisiones.

Sobre Telesforo Monzón dice que estaba muy aislado, que había tomado partido, pese a ser un viejo, por formar parte de los jóvenes gudarís, y a todos los de ETA los veía como tales, incluido a *Peixoto*, pese a que lo odiaba.

Víctor vio a Monzón poco antes de morir en San Juan de Luz. Hablaron amigablemente diez minutos en el puerto.

Entonces saqué de pasada el tema de los tres gallegos. *Víctor* me dijo literalmente esto: —Ahí nos pasamos. Eso fue un error. Se nos fue de las manos, fue algo que hicimos mal.

Me dijo luego, como si se hubiera arrepentido:

—Pero no apuntes nada de esto, eh.

En mi opinión, hasta donde yo sé, esta ha sido de las pocas veces en que alguien de la organización lo reconoce, con ese plural en primera persona. Una de esas veces fue cuando *Peixoto* le contó al infiltrado *Gorka* ciertos detalles de la tortura a los tres jóvenes, propios de un testigo presencial.

Hablamos de la Guardia Civil. Le digo que hay que reconocer que son trabajadores como cualesquiera otros. Me dijo:

—Primero guardias civiles, luego trabajadores. Son lo peor que ha habido en Euskal Herria. Aunque, en realidad, nunca hubo oficialmente, siempre fueron voluntarios, por tanto sabían a lo que venían.

—¿A qué venían?

—A una guerra. Esta es la cuarta guerra carlista, en realidad.

Él insiste en hablar de la Guardia Civil. Me dice:

—¿Sabes que el Duque de Ahumada era medio vasco? ¿Sabes lo que dijo antes de morir?

—No.

—Dijo: “Me habría gustado hablar euskera en Madrid”.

Me dice que las cúpulas de ETA duraban entre dos y cuatro años máximo. Eran sustituidas por los que venían detrás. Le pregunto si aceptaban las decisiones de esos que venían detrás, aunque fuesen unos descerebrados. Me dice que sí, que así eran las cosas. Una vez que pasabas a la cárcel, entrabas en vía muerta.

Su proyecto, como polímili, era dejar la lucha armada cuando se hubiera aprobado el Estatuto Vasco por el parlamento vasco. Y luego dedicarse a la política. Si ETA hubiera hecho eso, ahora estaría en los altares.

—Habríamos usado la lucha armada como algo coercitivo.

Yo le pregunto:

—¿Algo así como dejar la pistola en un cajón y estar amenazando con abrir ese cajón si las cosas no son como ETA quería?”

Él me responde:

—Eso es.

Entonces me cuenta su solución para salir de la crisis económica de los últimos años:

—Basta con pegarle un tiro en la rodilla, o un poco más arriba, al empresario. Ya lo hici-

mos una época. Se lo contaba el otro día a un viejo amigo polimili que me encontré en los montes de León. Y decíamos eso: con un tiro en la rodilla, ya verías cómo se espabilaban.

—En Francia, en 1973, ¿ibais armados?

—No, allí no. Si nos pillaban con armas podían expulsarnos y perder el estatus de refugiado. En España, siempre. Luego en Francia, cuando aparecieron el Batallón Vasco Español y los del GAL, sí empezamos a llevar pistola.

Me dijo que ETA se dividía en tres estratos: 1) Los activistas. Son los que hacen las acciones, los que inquietan y luchan. 2) Los “plumas”. Son los intelectuales, los que ponen las palabras, los *Pertur*, los *Peixoto*, los *Ezkerra*... Y 3) Los “encargados”, que son los que tienen responsabilidad, los que mandan a otros y tal.

—Pues bien, ETA se empezó a joder cuando el aparato de los encargados creció y creció. Hemos quedado en vernos en alguna otra ocasión, a medida que yo necesite alguna información concreta.

17 Esa noche duermo en casa de S. Al día siguiente iremos a Irún y al sur de Francia. La idea es recorrer los escenarios de los hechos, según lo que sé hasta ahora.

Alquilamos un coche. Vamos primero a Ondárroa.

Tengo la dirección de *Mamarru*. En realidad, varias. Pruebo con la primera. Llamo al telefonillo, que está justo al lado de una herriko taberna llena de jóvenes en la terraza. Pregunto por él y ¡bingo!, me dice una voz masculina que ha salido. Como no nos oímos bien y no le puedo explicar a gritos quién soy y qué busco, después de una mínima presentación dice que baja a verme. Me abre la puerta. Sé que es él, que es *Mamarru*, por las fotos que he visto, solo que está más mayor y algo cambiado. No es muy alto y apenas mira a los ojos. Me dice que se llama Koldo, que le dé mi teléfono y que luego Isidro me llamará, él o su hermana Antigua, pero no tarda en responder como Isidro, en primera persona, cuando mis preguntas le incomodan. Le cuento de qué quiero escribir —le hablo de pasada de los tres jóvenes gallegos—, menea la cabeza, lo niega todo.

18 Vamos a Irún. A partir de ahí, aparecen los fantasmas.

Para empezar, cuando echamos gasolina, en un momento dado, S. me dice:

—¿Has visto la matrícula del coche?

—No.

—Pues es 1973.

Ese fue el año de los hechos.

En Irún, buscamos la calle que yo creía que era donde vivieron los gallegos. Por la prensa de entonces, me refiero a los artículos derivados del de Alfredo Semprún en *ABC* en 1973, creía yo que era la calle Alhóndiga, pero es una falsa pista, ya que la calle, de casas antiguas exentas, tipo hotelitos, no puede ser propia de la clase trabajadora a la que pertenecían los Fouz. Llamo a Coral. Me dice que va a preguntar

a su madre. Me llama. Me dice que la calle era Arkale 17. Vamos a por el coche y resulta que habíamos aparcado, sin saberlo, claro, en el 17 de la calle Arkale.



Preguntamos a un anciano que está en una especie de taller por el bar Castilla —de donde partieron aquella tarde— y nos dice que él era el dueño del Castilla, pero no en esa época.

19 Cruzamos, por fin, a Francia. Tomamos habitación en una casa de alquiler de las afueras de Ciboure.

Por la tarde, vamos a Bayona, a la zona de la Petite Bayone, a la rue Pannecau. Rememoramos la historia de esa calle, los etarras que allí vivían, los atentados del GAL.

De regreso, paramos en Biarritz. Vemos el cine Casino (donde calculo yo que vieron la película).



Adolfo García Ortega

Decidimos buscar el bar Au Haou (bistrot), rue Gambetta. Historia de ese bar. Fue donde en 1984, con otra decoración, atentaron contra *Hueso* los del GAL. Lo encontramos y cenamos allí. Le digo a S. que cenar allí es una especie de venganza personal (fantasmal).



20 De noche, de vuelta, pasamos por Bidart. Buscamos la discoteca La Licorne. Vamos. No está abierta aún. Hacemos fotos de la entrada y del parking. Y del unicornio.





Vamos luego en busca de La Tupiña. Entramos por el chemin Dolareta, pero está totalmente a oscuras, solo las luces interiores de las casas de labranza o particulares en un callejón largo y sin salida. Unos campesinos nos dicen que no lo conocen —son jóvenes—. Google Maps indica que está en ese punto. Vamos hasta un hotel cercano. No saben nada. Nos movemos por la zona y desistimos. Volveremos mañana.

- 21 A primera hora volvemos al chemin Dolareta. Preguntamos a dos personas que nos dicen que está —o estuvo— en la carretera 810, cerca de allí. Nos advierten que creen que ya está cerrada, si es que aún existe. Salimos en su búsqueda. Tras un par de peripecias por la zona, damos con un edificio, una casona blanca al borde de la carretera, totalmente cerrada, casi abandonada. Hay una rastro de bombillas de colores en el alero que da a la carretera. Hay una gran explanada con un camión o dos. Una entrada con el *Au Bientôt* roto. Dedujimos que allí fue la pelea con los gallegos y la muerte de uno de ellos (de Jorge, probablemente).





22 Desde allí, por deducción, y dada la información que me había dado *Lobo*, vamos a las playas cercanas. Dedujimos que si hubo un interrogatorio nocturno amparado por un búnker —como insistió *Lobo*—, tenía que ser la de Mayarkoenia, donde, después de preguntar a unos franceses ya mayores, supimos que había restos de un búnker, muy evidentes. Cómo lo averiguamos fue propio de los fantasmas. Vimos a un hombre mayor (dos parejas mayores) y les preguntamos si había un búnker cerca y el hombre, con toda naturalidad, dijo: “Esto es el búnker”. Fantasmas de nuevo. Vemos otras playas cercanas, pero la única que reúne las condiciones óptimas para los hechos era esa.

Notas sobre una investigación (para escribir Una tumba en el aire)



23 Por la tarde, vamos a la carretera de Chantaco que va a Ascain. Buscamos los restos o la mera ubicación de la casa de Telesforo Monzón, ya que sé que se derruyó después de que, años más tarde de la muerte de Monzón, Josefa, su esposa, la vendiera. Hay un documento al respecto.

Sé que es pasado el golf de Chantaco. Pero no tenemos ni idea ni pista alguna.

Nos metemos por el camino de las piscinas, Errota Zar. Vamos a dar a una urbanización sin terminar, solo las plantas de los adosados. Buscamos de un lado a otro. Damos con un viejo del lugar. Nos dice que recuerda a Telesforo (aunque al principio se confunde de Monzón, y piensa que es un arquitecto homónimo famoso en la zona), que lo recuerda bien porque lo trató mucho. “Al viejo Monzón, sí”. Cuando le preguntamos por el caserío, empieza la desmemoria. Cuando ya nos despedimos, nos alejamos y nos llama. Ha recordado algo: que el lugar estaba un tanto apartado al final de una carretera flanqueada por muchos plátanos.



S. me dice que justamente el camino de la piscina que bordea la fallida urbanización es así. Y que hemos aparcado justo al principio de ese camino. ¡Fantasmas! Vamos y vemos claramente el trazado de la vieja carretera que se debía meter antiguamente hacia los bosques. Los plátanos son evidentes. Dedujimos que la casa —después de ir hasta el final de ese camino y preguntar a un agricultor que lleva allí unos siete años— debió estar en lo que ahora es una explanada enorme junto a un lago artificial, bastante reciente. La urbanización se dejó sin terminar por falta de presupuesto. Nos dice el campesino que el club de golf de Chantaco, propiedad de Lacoste, está comprando todos los terrenos de la zona para ampliar sus instalaciones.

Podemos ubicar allí la casa de Monzón que *Lobo* llamó “la cuadra”.

24 De regreso, nos movemos por algunos puntos del País Vasco francés. Trato de dar con Sabin, llamando a la puerta de la dirección que me habían pasado. Los vecinos me dicen que no hay nadie allí con ese nombre.

Ya en España, vamos a las direcciones que tengo —sin saber siquiera si aún viven— de Pruden y de Ceferino Arévalo. De este, tengo las señas de Legorreta. Doy con la casa. Vive un tal Ceferino Zunzunegui, tal como veo en el buzón, pero no está. Una vecina nos cuenta algo. Nos observan por una ventana. Tenemos pinta de policías. Fracasamos en ambas pesquisas de direcciones. Pruden no está en Toluca, donde vamos, ni en San Sebastián, su última dirección. Ni rastro de ambos. Luego sabré que Arévalo murió.

25 Anoto esta cita de Walter Benjamin: “Esconder significa dejar huellas”.

26 En Vitoria, en un hotel de las afueras. Cita con P., el exespía francés de la época que he conocido gracias a un amigo. P estuvo en los servicios en esa zona de Francia en el 73. Vive allí todavía, ya jubilado.

En el primer encuentro fue receloso. Me quiere ver a mí solo. Me pregunta si soy o no del CNI, que se lo jure.

Se lo juro, aunque le comento que un buen espía a veces perjura. Se ríe, piensa igual. Iniciamos una buena relación de mutua confianza. Me aporta mucha información útil para la novela. No conocía el caso, pero sí a los protagonistas etarras de entonces. Después de varias horas, me dice: “Los cuerpos están en Las Landas. Seguro”. Nos citamos unos días más tarde en Anglet, sobre el terrero. Él vive por allí. Nos veremos a mediados de junio otra vez. Le pido que me averigüe todo lo que pueda de esa época y cómo llegar a *Peixoto*.

Lo intentará y me dirá.

27 Del alma: describir su ausencia. De eso van mis novelas.

28 Preparo un nuevo viaje a La Coruña. Objetivo: ver a Luisa y a Carlos/Rosa, así como a Isabel Fouz. Y de nuevo, a Coral.

Ese día, P. me escribe un email diciéndome que tiene la dirección de *Peixoto* en Viodos, cerca de Mauléon, en Zuberoa (para los franceses también Soule):

Pues, ya tienes al *Peixoto* localizado. VIODOS es un pueblecito muy muy tranquilo, el municipio cuenta con unos 600/700 habitantes, la mayoría campesinos. El nombre completo del pueblo es: VIODOS ABENSE DE BAS. Su casa está en el centro del pueblo. Se dedica a energías renovables. En 2012-2013 se hizo la empresa. Ahí todos conocen a todos, además, por la forma de estar en esta tierra, cuando pasa un pájaro de otro sitio, los paisanos se preguntan de dónde viene, quién es, por qué... y muy en breve el pueblo está al tanto de que ha pasado un pajarito desconocido... jajajaja. Eso para decirte que pasar con coche por donde vive ese tío no sería un problema. Pero ir 'paseando' por el pueblo resultaría otra historia en plan indiscreto. Al lado de su casa está una fábrica de quesos, lo que podría justificar una parada. También en las mismas inmediaciones, se encuentra una fábrica de embutidos caseros, la cual en su tiempo estaba también a manos de unos imponentes, pero franceses (ahora no lo sé). Saludos.

29 Nueva cita con *Ander*. No tiene noticias de que *Mamarru* quiera decir más de lo que me dijo entre dientes. Trata de convencerme de que ETA no estuvo implicada. Después de haber hecho algunas preguntas, está seguro de que la organización no tuvo nada que ver. Le digo que no me lo creo; es imposible que un hecho así no llegara de inmediato a los jefes, sobre todo si estos vivían a pocas manzanas de lo que estaba ocurriendo. Ninguna organización permitiría a sus miembros actuar por su cuenta y que no fuera informada al instante.

30 De nuevo en La Coruña.

Segundo viaje para ver a Rosa (Carlos) y a Luisa. Y a Isabel Fouz.

Citados en el mismo hotel (Hesperia). Luisa viene con su primo y un amigo de Jorge. Información muy útil para la novela.

31 Llamo a Álvarez Santacristina, alias *Txelis*. Quizá, como arrepentido que es, sepa algo y quiera confesarlo. Conversación al principio tensa. Se niega a verme por ahora. Dice que no tiene tiempo y que tiene problemas personales. Estoy convencido de que me llamará más adelante. *Txelis* me manda un wasap ambiguo.

32 Viaje a San Sebastián para varios asuntos. El primero, ver a Coral y a su marido Javier, que me han montado un encuentro con Coral, su madre, que vive en Éibar con Ana, su hermana.

Me pasan el sumario instruido en los años 70. No es muy voluminoso.

Más información del ámbito personal y familiar, veo algunas fotos.

Después de la comida, quedamos a un café con Ana Obeso, la que fue su novia. Viene con una perrita a la que llama Hache (recuerdo de Humberto). Mujer simpática, extrovertida y melancólica. Todos hablan del liderazgo de Humberto.

- 33 Cuando las dejo, ya al atardecer, descubro en el móvil que me ha llamado *Txelis*. Le llamo yo. Hablamos casi una hora, me dice que ha decidido no verse conmigo y que me llama solo para decírmelo. Le digo que me interesa su atormentamiento cristiano (exagero). Me mandará por email algún artículo y reflexiones suyas. Me dice que estuvo en Francia con uno del GAL, ya retirados los dos, hablando de sus tormentos respectivos. Luego, aquel hombre del GAL se acabó suicidando. No pudo más. Me habla de un cómic, de un libro que le parece muy indicativo sobre sus cosas y sobre esa experiencia en concreto. Me dice, como en secreto, que está basado en la experiencia que él mismo le contó al autor. Se titula *He visto ballenas*. Es un comic de Javier de Isusi.
- 34 Comida y conversación con *Ander*. Él trata de disuadirme siempre del enfoque de mi novela.
- 35 Me escribe P., el espía francés, para vernos en Francia a mediados de junio. Iré con S. de nuevo. Quiere llevarme a Viodos y luego mostrarme algo de la extensión de Las Landas.
- 36 A San Sebastián con S.
En el tren, me llama el contacto con Francia y me dice que P. sigue sospechando que soy espía.
Alquilamos de nuevo un coche en Sixt (esta vez un Smart automático). Vamos a San Juan de Luz.
Mismas habitaciones en casa de un matrimonio de Ciboure de la otra vez.
Quedamos con P. en la salida del peaje Bayona-Cambo. Vamos en nuestro coche hasta Viodos, casi un barrio de Mauléon. Llegamos. Me adentro yo solo por el pueblo buscando a ciegas la casa de Pilar Mazusta, la mujer de *Peixoto*. Hablo con una vecina. Me cuenta cosas, me dice cuál es la casa exactamente. Y me confirma que Pilar Mazusta está viviendo con su marido. Le pregunto si el marido es cojo. Aunque al principio me dice que no me entiende, luego termina por decírmelo ella. Y me dice que tiene problemas en los ojos. Me dice también que a veces viene una nieta.
Voy a la casa. Nadie sale. La vecina vuelve hasta donde estoy y me dice que, si no hay nadie, es que estarán trabajando en Mauléon, “en el mercado” (recuerdo que la empresa que tiene Mazusta es de algo relativo a la madera). Miro con atención

la casa; hay descuido en algunas partes del jardín. Para ser *Peixoto*, como me decía *Ander*, un hombre gaga y con Alzheimer, la casa está vacía, luego el tipo sale y se mueve. Las celosías y postigos están cerrados.

Llamo varias veces al llamador metálico de la casa, que tiene las ventanas azul añil y las paredes blancas. Hay un jardincillo y un sitio como para gallinas (no un gallinero exactamente). Y un porche lateral. No contestan. Insisto dos veces. La vecina me ve y ella misma llama a gritos: “¡Pilar! ¡Pilar!”. Nada. Les dejo una nota en la puerta con mis datos (teléfono móvil, correo electrónico, web). Digo lo que les dije a *Víctor* y a *Mamarru*, a saber, que estoy escribiendo una novela sobre los etarras de entonces. Esta vez añado el asunto de los tres jóvenes gallegos. En el caso de *Peixoto* digo expresamente que es una novela sobre él en concreto, para ver si pica. Me vuelvo al lugar donde me esperan P. y S. Decidimos esperar, por si vuelven. Tomamos unas cervezas en Mauléon. A eso de las 19:00 vuelvo. De nuevo nadie en el interior. La vecina, que es muy locuaz, me cuenta cosas. Pienso que al volver a Madrid les escribiré una carta a los Pagoaga, ya que he conseguido sus señas y las he verificado.

Unos días después, un exetarra amigo de *Ander* me dice que si se me ocurre escribir algo sobre lo que he dicho en esa nota, probablemente vayan a por mí. “Legalmente, claro”, se ve obligado a matizar lo que ambiguamente podría entender como una amenaza. Luego desaparece tan rápido que no me da tiempo ni a abrir la boca.

- 37 Cuando volvía de la casa de *Peixoto*, recordé estas frases de Beckett en *Final de partida*: “Sí, un día sabrás lo que es esto, serás como yo, solo que tú no tendrás a nadie, porque tú no habrás tenido piedad de nadie y ya no habrá nadie de quien tener piedad”.
- 38 Volvemos a Bayona. Por la orilla del majestuoso Adur, gran y bello río citado por Montaigne. En Bayona, P. me lleva —y me enseña como un guía— la rue Pannecau, donde tuvieron lugar varios atentados del GAL (en el Mon Bar y otros bares y hoteles). Me muestra los lugares donde estaban los sitios de los “radicales”, como él los llama. Y están aún, por los indicios exteriores evidentes. Veo la sede de Enbata y del bar Euskalduna, y el local donde estuvo el Lagunak (el bar de los Etxebeste). Cenamos agradablemente, hablando de todo un poco, en la orilla contraria a la Petite Bayonne, en una terraza que da al afluente del Adur. De noche, me lleva en coche a ver los sitios de San Juan de Luz donde paraban y vivían los etarras: Anai Artea, en el 16 de Marion Garay (ahora tiene su bufete la abogada de etarras Paulus); la Casa Legasse, en el 39 de Maurice Ravel; Saint-Jacques, donde muere Monzón; la rue Chauvin-Dragon, donde estaba un bar muy frecuentado por los etarras, propiedad de los hermanos Etxebeste; la rue Garate; el bar Pablo (que ya no existe). En Sokoia, me llevó a la iglesia de Piarres Lartzabal, en cuya casa anexa iban y venían los primeros refugiados vascos.

- 39 *Ander* me pasa información acerca de todas las discusiones internas y comunicados de ETA de esa época (1972-1974) y que se conocen como *Documentos Y*. También me pasa la historia de ETA tal como se la cuentan ellos. D. —un amigo a cuyo padre lo asesinó ETA en Málaga— me habla de la posibilidad de reabrir (o abrir por primera vez) el juicio de los gallegos en Francia. Si se abre la causa, yo estoy dispuesto a ir a declarar lo que me dijo *Víctor*. También me consta que *Lobo* está dispuesto a reafirmarse en lo que le dijo en su día *Peixoto* acerca de la tortura de los tres jóvenes.
- 40 Envío sendas cartas a *Mamarru* y a *Peixoto*. Trato con ellas de insistir, a ver si así se animan a decir algo más, aunque sea por mera locuacidad reprimida.

Estimado Sr.,

le escribo de nuevo con motivo de manifestarle, como sabe, mi intención de escribir una novela sobre la ETA del año 1973. Por la documentación histórica que he consultado, es evidente su papel destacado en la organización en esos años de cambio ideológico y posicionamiento político, así como su conocimiento de la vida de los refugiados vascos en Iparralde en esa época.

Considero importante mantener una nueva conversación con usted, de cara a perfilar convenientemente la novela, así como contrastar los elementos *ambientales* que rodeaban a la organización vasca en aquella época.

Le repito abajo mis coordenadas como escritor por si desea consultarlas, y le reitero mi disponibilidad de acudir de nuevo a donde le convenga a usted, si tiene a bien recibirme para mantener el encuentro que tanto necesita mi novela.

Un saludo y espero sus noticias. Atentamente

Adolfo García Ortega

Esas cartas jamás tuvieron respuesta.

- 41 En agosto de 2017 empecé a escribir mi novela *Una tumba en el aire*, que es el fruto de toda esta investigación más la “literatura”, el mito. Estaba seguro de que algo o alguien, desde otro mundo, me la dictaría. Sabía que la novela misma me diría cómo es y me mostraría su forma, me abriría sus secretos. Solo tenía que escucharla y se materializaría. Siempre es así. Las novelas existen en un lugar inmaterial y nosotros, los escritores, solo ponemos las palabras que las hacen visibles. Se publicó en febrero de 2019. Lo que se cuenta en ella, si no es la verdad de lo que sucedió, se le parece mucho.

UNA OBRA NECESARIA

Faustino López de Foronda

Arratsalde on, guztioi. Muy buenas tardes a todas y todos.

Quiero, en primer lugar, agradecerles en nombre de la Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa y del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo, cuyo director, Florencio Domínguez, nos acompaña en esta mesa, que hayan acudido a este acto de presentación de la última novela de Adolfo García Ortega, titulada *Una tumba en el aire*. Quiero extender este agradecimiento de una manera muy especial a Coral Rodríguez, sobrina de Humberto Fouz, uno de los jóvenes asesinados, sin cuya digna lucha por que prevaleciera la verdad es posible que no estuviéramos hoy aquí y, por supuesto, a Adolfo García Ortega, autor del libro que presentamos y que se ha desplazado a Vitoria-Gasteiz para compartir con todos nosotros sus reflexiones sobre esta obra literaria.

El libro que hoy analizamos es una magnífica novela, una novela de primer orden, y Adolfo García Ortega es uno de los mejores escritores de su generación.

La literatura de Adolfo García Ortega no es precisamente una literatura ligera ni de entretenimiento, sino que es comprometida y aborda las grandes cuestiones de la vida. En todas sus novelas aparece el Mal, un mal ontológico, un mal con mayúsculas.

Hay que tener mucho valor para narrar sobre el Holocausto en su obra *El comprador de aniversarios*, que cuenta la historia de un niño de tres años que muere en Auschwitz; en *El mapa de la vida*, que narra una historia de amor entre dos víctimas del 11-M; en *Pasajero K*, que proyecta una mirada a la guerra de Bosnia, con las historias de un maduro cineasta que acaba de perder a su mujer y de una joven periodista que acude a cubrir el juicio a Karadzic; o en esta *Tumba en el aire*, sobre el terror de ETA. Son obras que no dejan indemnes ni al escritor ni al lector, que te agarran por las solapas y te remueven, porque García Ortega toma partido y no te permite permanecer indiferente.

Sus obras son literariamente complejas. En *Pasajero K* intercala la narración en primera y tercera persona, incorpora técnicas propias de un *thriller* combinándolas con las que corresponden a un viaje iniciático. En *El mapa de la vida* se superponen muchas historias y planos diferentes. Cuenta las vidas truncadas de tantas personas que viajaban en los trenes de los atentados del 11-M, pero, como su propio título indica, prevalece un canto a la vida con la esperanza de un nuevo amor entre dos víctimas de los atentados. Sus libros abordan las grandes cuestiones de la vida: el mal, el poder, el amor, el fanatismo, el resentimiento, la importancia del azar, que se manifiestan en la vida cotidiana de las personas.

La condición de traductor de García Ortega se nota en el empleo preciso de las palabras y manifiesta una notable habilidad para tejer relaciones personales com-

plejas y con muchos matices. Prevalece una mirada sobre la vida de las personas en situaciones muy oscuras.

Una tumba en el aire está, sin embargo, exenta de artificios literarios. Es una narración lineal, directa, y es un acierto, porque es el tono literario que la historia demanda. Es lo que se ha denominado una “obra de no ficción” en cuanto que parte de hechos reales, con un gran trabajo de documentación, pero es una auténtica obra literaria.

Cuenta la historia de tres jóvenes gallegos, José Humberto Fouz Escobedo, Jorge Juan García Carneiro y Fernando Quiroga Veiga, que se trasladaron de su Coruña natal a Irún en busca de una vida mejor. Compartían su afición a los libros, en especial a los libros sobre Rusia, al cine y a los idiomas. Humberto Fouz era un auténtico políglota que hablaba cinco idiomas y estaba estudiando otros dos.

Un fatídico día decidieron ir a Biarritz a ver la película de Bertolucci *El último tango en París*, prohibida en España. A la salida del cine acudieron a una discoteca y tuvieron la mala suerte de toparse con un grupo de militantes de ETA que, confundidos con policías, los secuestraron, torturaron y asesinaron. Fueron enterrados y sus cuerpos siguen sin aparecer.

Es una historia dura, muy dura, que te golpea como un puñetazo en el estómago. Es una historia sobre la amistad de los tres jóvenes, una amistad basada en la complicidad, en la ternura y en la solidaridad, como se muestra en la acogida de Humberto a sus dos amigos en casa de su hermana. Estas relaciones de amistad contrastan con la relación jerárquica y militarizada de los miembros de ETA. La novela refleja las vidas de estos amigos, sus ilusiones, sus proyectos para el futuro, que se truncan para siempre.

Si en *Pasajero K* García Ortega incorpora la historia de un malvado como Karadzic, el gran asesino de Sarajevo, en *Una tumba en el aire* nos presenta a personajes tan siniestros como Peixoto o Tomás Pérez Revilla, *Hueso*, auténticos desalmados.

Las relaciones entre los miembros de ETA se presentan desnudas de ideología, lo que hace que se asemejen en la novela a las propias de una banda mafiosa, y que nos recuerdan a una película de Tarantino o a *Los Soprano* más que las que corresponderían a unos revolucionarios idealistas. Estos militantes de ETA se comportan como auténticos hampones.

Adolfo García Ortega ha declarado que una de las razones que le impulsaron a escribir esta novela fue conocer los cientos de asesinatos de ETA sin resolver. Cientos de familias a las que se les niega su derecho a la justicia, a la memoria y a la verdad. *Una tumba en el aire* supone, paradójicamente desde la ficción, una contribución al derecho a la verdad de lo que sucedió a estos tres jóvenes, lo que ya de por sí sería suficiente para que merezca la pena que se haya escrito.

Se ha hablado mucho también, sobre todo a partir de la publicación de *Patricia*, de Fernando Aramburu, que estas novelas contribuyen a la construcción

del relato. La obra de Guerra Garrido, de Luisa Etxenike, de González Sainz o, en euskera, de Ramón Saizarbitoria, Jokin Muñoz, Harkaitz Cano o del propio Bernardo Atxaga resulta imprescindible para entender el fenómeno terrorista. Las distintas miradas plasmadas en novelas, ensayos y películas son elementos que contribuyen a la construcción de lo que se ha venido en llamar “el relato” o mejor aún sería hablar de “los relatos”. No obstante, se corre el peligro de que se pretenda utilizar estas obras de ficción como elementos de confrontación en el ámbito político.

Las novelas, las películas, apelan a los sentimientos, a las emociones, lo que hace que perduren en el tiempo, pero a su vez los sentimientos pueden ser manipulables. Por eso, una obra honesta como *Una tumba en el aire* resulta tan valiosa para conocer lo que realmente sucedió.

Una tumba en el aire es además una magnífica novela sobre una ETA primigenia y fundacional, y los asesinatos de Humberto, Jorge y Fernando resultan paradigmáticos para poder reflexionar sobre ETA.

La novela consigue captar el clima político que se da en los años 70 del pasado siglo previos a la muerte de Franco.

Es frecuente escuchar voces que distinguen diferentes etapas de ETA y que participan de una visión casi romántica de una primera ETA antifascista y de luchadores contra la dictadura, que contraponen con la última etapa de ETA, consumida ya por décadas de terror y violencia. Sin embargo, el libro pone de manifiesto cómo el huevo de la serpiente del totalitarismo anidó ya desde que ETA decidió que era lícito matar para imponer su proyecto político excluyente. Esta opción no era una consecuencia inevitable de respuesta a la dictadura, sino que fue una decisión libremente adoptada, en la que se consideró que los fines perseguidos estaban por encima de la vida de las personas. La idea quedó plasmada en las palabras que en su día pronunció Peixoto: “Se necesita sangre y tiempo para hacer un pueblo”.

Resulta significativo que hasta aquel fatídico 24 de marzo de 1973 el historial criminal de ETA era de cuatro personas asesinadas y que su siguiente acción fuera el atentado contra Carrero Blanco, una operación Ogro que planea sobre toda la novela. Resulta llamativo que se llegara desde ese primer momento al nivel de depravación que suponen los asesinatos de nuestros jóvenes protagonistas.

Y esta es una segunda consideración que me gustaría resaltar: si se estableciera una suerte de ranking de la infamia, la tortura y la desaparición de las personas asesinadas ocuparían un lugar preferente. El prevalimiento del abuso sobre personas indefensas que supone la práctica de la tortura es el más ignominioso ataque a la dignidad humana y nos remueve moralmente.

La iniquidad que supone añadir al asesinato la desaparición de los cadáveres incorpora una gran crueldad que impide a las familias hacer el duelo, que deja las

heridas abiertas para siempre. Nos retrotrae a los momentos más negros de la historia: al Chile de Pinochet, a la Argentina de Videla, a las fosas comunes de Bosnia y a los muertos en las cunetas de nuestra Guerra Civil.

Para muchas personas habrá supuesto una gran sorpresa conocer que ETA torturó salvajemente a estos jóvenes y que practicó la tortura en otras muchas ocasiones, en lo que denominaba eufemísticamente “someter a la víctima a interrogatorio”, torturas infligidas antes de ser asesinados, entre otros, al doctor Carasa o al exmilitante de ETA Tomás *Tomy* Sulibarria.

Me gustaría destacar, como en un juego de espejos con el asesinato de Humberto, Fernando y Jorge, el caso de los inspectores de Policía de la oficina del DNI de Donostia-San Sebastián José María González Ituero y José Luis Martínez, que en 1976 pasaron a Hendaya, también a ver una película, y fueron retenidos, torturados y asesinados por ETA. Sus cadáveres aparecieron un año después en un búnker de la playa de Anglet maniatados y con evidencias de tortura, como la mutilación de sus dedos.

Estos crueles asesinatos me van a permitir dos reflexiones finales:

Una primera consideración es que la semejanza entre estas terribles acciones avala la verosimilitud de los hechos narrados sin que quepan dudas sobre la autoría de ETA, aunque no lo haya reivindicado nunca.

Un relevante político pronunció una muy desafortunada frase: “ETA mata, pero no miente”. Sin embargo, ETA ha mentido desde el primer momento, tergiversando su primer asesinato; tratando de atribuir a la Guardia Civil la muerte del taxista Fermín Monasterio, su tercer asesinato; no reconociendo su participación en los trágicos sucesos que protagonizan esta novela; negando hasta 45 años más tarde el atentado de la calle Correo. ETA ha mentido siempre que lo ha considerado oportuno para sus intereses y en este caso también ha mentido, no asumiendo su participación en los hechos.

Se ha enfatizado sobre lo terrible que resulta que por una trágica confusión fueran asesinadas tres personas inocentes. Debemos evitar entrar en la lógica de los victimarios, porque tan inocentes eran estos jóvenes, siendo trabajadores de Irún, como si hubieran sido realmente policías, como inocentes eran los dos inspectores asesinados posteriormente. Tan inocente era el bedel de mi colegio, aquí en Vitoria-Gasteiz, al que ETA declaró que asesinó por error, como inocente hubiera sido el bedel contra el que verdaderamente querían atentar si lo hubieran asesinado. Todas y cada una de las víctimas de ETA eran inocentes. Todas y cada una de las víctimas del terrorismo son inocentes. El error no es la confusión de ETA al matar a estas personas, sino creer que es legítimo asesinar para conseguir unos objetivos.

Al final de la novela dos militantes de ETA, después de enterrar los cadáveres de los tres jóvenes, entablan este significativo diálogo:

—Oye, *Casero*, dime una cosa: hemos enterrado unos txakurras, ¿no? Porque eran txakurras, ¿no?

—*Trepa*, es agua pasada. No preguntes.

—Pero, ¿eran txakurras o no eran txakurras?

—¿Y qué si no lo eran? Te diré algo, *Trepa*: ni siquiera me importa. Eran españoles, ¿no? Pues lo mismo da.

Una tumba en el aire es, como decía, una novela de una gran calidad literaria, como lo es toda la obra de Adolfo García Ortega, y es también una obra necesaria que nos interpela, que nos obliga a mirar de frente una etapa terrible de nuestra historia, de nuestra propia vida.

GRACIAS

Coral Rodríguez Fouz

El 28 de febrero de 2019 viví con emoción la presentación de *Una tumba en el aire* en A Coruña. Fue un día especial porque tuve la oportunidad de dirigirme no solo a mi familia y a las familias de Fernando y de Jorge, los amigos de mi tío Humberto, sino a muchas personas de la Ciudad Vieja coruñesa que los conocieron y compartieron vivencias con ellos.

Hoy también es un día muy especial. Especial porque me emociona que sea la Fundación Fernando Buesa quien organice, junto con el Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo, la presentación en el País Vasco de esta novela.

Y especial por estar además acompañada por tantos compañeros y compañeras, por tantos amigos con los que he compartido durante muchos años muchas alegrías, pero también muchas penas, experiencias muy duras que nos han dejado huella.

Es un enorme honor que la Fundación Fernando Buesa presente esta novela tan especial para mi familia. Porque nunca olvidaré aquel 22 de febrero del año 2000 en que ETA asesinó a Fernando y a su escolta Jorge Díez. Recuerdo el acto que compartimos la mañana de ese 22 de febrero en el Palacio Miramar de Donostia —estábamos en precampaña para las Elecciones Generales—. Recuerdo como si fuera hoy las últimas palabras que al finalizar el acto intercambié con Fernando. En mi corazón quedan también el dolor y la angustia que sentí cuando pocas horas después, en la sede de Prim, recibimos el mazazo, la terrible noticia del atentado que se acababa de producir en Vitoria y que había acabado con la vida de Fernando y de Jorge.

Así es que aquí estoy, con todas estas emociones a flor de piel, dispuesta a compartir con vosotros lo que significa para mi familia *Una tumba en el aire*.

En marzo de 2017, hace ya más de dos años, Adolfo me contó que quería escribir esta novela. Me habló del valor de la literatura como única vía para que la restitución de la memoria quede fijada en el tiempo. Me habló de la fuerza de la literatura, de cómo, en su opinión, las novelas crean y acercan la verdad de la historia.

Y me regaló, a modo de presentación, tres de sus novelas: *El comprador de aniversarios*, *Pasajero K* y *El mapa de la vida*. Las leí con enorme interés antes de nuestro primer encuentro en Coruña. Adolfo sabe que desde entonces sus libros, que aprovecho para recomendaros, ocupan un lugar destacado en mi biblioteca. Entre ellos *Café Hugo*, *Los días rusos*, *Mampaso* y *Autómata*.

Pero si con alguno me emocioné, antes de tener en mis manos *Una tumba en el aire*, fue con el primero, con *El comprador de aniversarios*. En esa novela Adolfo da vida, en cierto modo, al pequeño Hurbinek, un niño de tres años con el que Primo Levi coincidió en la enfermería del campo de concentración de Auschwitz. Un niño-

to que murió en esa enfermería pocos días después de la liberación del campo y al que Primo Levi dedicó apenas un par de páginas en *La Tregua*. Desde que la leí, el pequeño Hurbinek ha quedado en mi memoria. Y es que, como dice Adolfo en una de las hermosas dedicatorias que nos ha escrito, “la literatura lo vuelve todo real”.

Y es por ello, porque lo vuelve todo real, por lo que hemos vivido con impaciencia estos dos años, por lo que hemos esperado con indisimulada impaciencia esta novela que sabíamos que vendría a hacer, en cierta medida, inmortales a Humberto, a Fernando y a Jorge. Como a Hurbinek. Y que estábamos seguros de que no nos defraudaría.

Y ya con el libro en nuestras manos quiero mostrarle a Adolfo públicamente, una vez más, nuestra inmensa gratitud. Gracias por dejar que Humberto, Fernando y Jorge guiaran, como tú dices, tu pluma. Gracias por recibir con los brazos abiertos la *visita inesperada* de estos tres chicos, de estos tres amigos que, como escribiste hace poco en *El País Semanal*, “se querían mucho y murieron asesinados tan injustamente”.

Gracias por describir de una forma tan bella su amistad y su inocencia. Con la primera parte de la novela, esa que ya te he dicho que no me cansaré de leer y releer nunca, nos ayudas a mí y a mis hermanos, Enrique, Marta y Ana, que en 1973 éramos demasiado pequeños, a imaginarlos. Porque quienes conocieron a Humberto, a Fernando y a Jorge los reconocen en los personajes de tu novela.

Recrearme en la “primera parte”, recrearme en su viaje a Coruña, en cómo lo detallas a partir de todo lo que las familias te hemos contado, en cómo describes su amistad, en cómo imaginas la relación de Humberto con mi madrina Fina —Mina en la novela—, en cómo narras su pasión por el cine, en esa charla que imaginas sentados en la playa después de ver la película, recrearme en todo ello me hace sentirlos vivos de una manera que no creí que fuera posible. Y esa sensación, ese sentimiento tan profundo, viene a compensar con creces que haya dejado de soñar con poder encontrar sus restos.

Y aunque es duro leer la “segunda parte”, sabiendo de antemano cuál es el final que les espera, también quiero agradecerte que hayas narrado de una forma tan cruda, pero sin duda necesaria, la maldad sin límites de sus asesinos. Gracias por contribuir a que no haya olvido tampoco para los asesinos. Porque estoy segura de que de la misma manera que Humberto, Fernando y Jorge son perfectamente reconocibles para todos aquellos que tuvieron la fortuna de conocerlos, sus asesinos también quedan perfectamente retratados. Cuando se está librando una importante batalla por el relato de lo que ha pasado en Euskadi, cuando hay tantos empeñados en blanquear ese pasado que deja a muchos muy mal parados, *Una tumba en el aire* viene a contribuir a poner a cada uno, a víctimas y victimarios, en su sitio.

Gracias, por tanto, Adolfo, por mostrar de una forma tan clara que ya entonces ETA no era más que una banda de asesinos.

Durante muchos años soñé con que podríamos encontrar los restos de Humberto, de Fernando y de Jorge. Con ese empeño en el año 2000 escribí en dos ocasiones a Manuel Murua, *Casero*, a la cárcel de Logroño, donde estaba preso y supuestamente arrepentido. Le decía esto:

No sé si se ha arrepentido de las atrocidades que cometió. Y en cierta medida, me da igual. Porque ni su hipotético y tardío arrepentimiento ni todas las indulgencias que ahora pueda solicitar devolverán a mi madre el hermano que le quitaron. Pero si lo ha hecho, si está arrepentido, me alegro por usted y aplaudo y defiendo su derecho a reinsertarse en esta sociedad. Celebro saber que hace tiempo que ya no asesina, primero porque ha pasado una merecida temporada en la cárcel, y ahora porque dice estar desvinculado de ETA. Y confío en que ese alejamiento de la banda terrorista —si es sincero y comprometido— le permita ahora, veintisiete años después, decirnos qué hicieron con Humberto, con Fernando y con Jorge y dónde los escondieron. Por eso le escribo esta carta. Porque nosotros no hemos olvidado y seguimos esperando respuestas. Sé que si está arrepentido de todo lo que hizo, no le será fácil cargar con la pesada losa de los remordimientos. Quizás la ayuda que nos puede prestar para derribar el muro que construyeron alrededor de estos tres jóvenes le socorra en ese trance.

No tuvo el coraje de responder.

Como tampoco tuvo el coraje de mirarme a los ojos Iñaki Múgica Arregui, *Ezkerra*, el jefe etarra ya reinsertado al que, conteniendo los nervios y dejando a mis escoltas esperándome en una calle cercana, me atreví a abordar en su despacho de San Sebastián una mañana de finales de octubre de 2005. Me mintió diciéndome que él no sabía nada, que en esa fecha, en marzo de 1973, estaba en la cárcel, y guardó, sin ser capaz de sostenerme la mirada, un silencio sepulcral, ese silencio que sigue guardando a día de hoy, como señala Adolfo en el epílogo del libro.

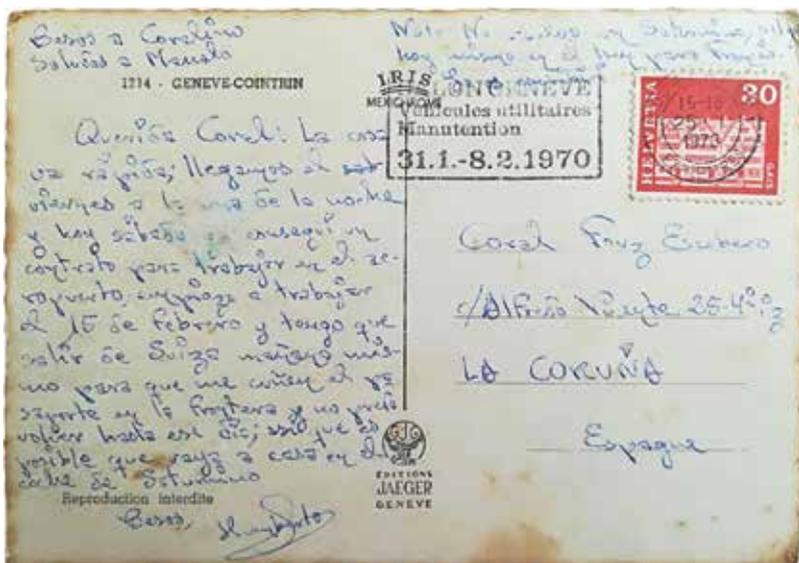
Os decía que ya no sueño con encontrarlos. He de reconocer que ya he perdido la esperanza. Creo que, si es cierta la versión que Adolfo maneja en su novela, y ciertamente es muy verosímil, es posible que Manuel Murua, *Casero*, se haya llevado a la tumba el secreto del lugar exacto donde se deshicieron de sus cadáveres.

Pero *Una tumba en el aire* ha venido a compensar esa pérdida. Por todos los sentimientos que os he dicho que despierta la lectura de los capítulos dedicados a la vida de Humberto, de Fernando y de Jorge. Pero por mucho más. Por los testimonios que Adolfo ha recabado, porque haya llegado a donde nosotros no fuimos capaces de llegar. Porque la labor de investigación y documentación que ha realizado para escribir “nuestra” novela es la que hemos reclamado sin éxito en diferentes ocasiones.

Para acabar quiero compartir con vosotros, como ya compartí en Coruña, unos tesoros materiales que después de más de 45 años seguimos conservando. Uno es

este libro, *El ruso sin esfuerzo*, con el que mi tío Humberto estaba estudiando en una academia de San Sebastián.

Otro es esta postal, que en enero de 1970 envió a mi madre desde Ginebra:



En la parte superior añadía “Besos a Coralino”. Y “Saludos a Manolo”, mi padre (Damián en la novela). Esos besos, los besos que me dio, los besos que nos dio y todos los besos que no nos pudo dar, todos los besos que Humberto, Fernando y Jorge nos dieron y los que no nos pudieron dar porque ETA nos los robó, están celosamente guardados en mi corazón, en nuestros corazones.

Esos besos forman parte de los otros tesoros. De esos tesoros que no se ven ni se tocan, pero que están conservados con mimo en la memoria. Esos son los tesoros más valiosos. Y de esos tenemos muchos. Son todos los recuerdos que los que tuvieron la fortuna de compartir parte de su vida con Humberto, con Fernando y con Jorge nos han regalado a los Fouz, los Quiroga y los García que en 1973 éramos niños muy pequeños.

Por ello, acabo mis agradecimientos con uno muy especial. Es el agradecimiento eterno a mis abuelos, Humberto e Isabel, a mi padre, que nos faltó también demasiado pronto, y, cómo no, a mi madre. Gracias por haber compartido vuestros recuerdos.

Gracias, mamá, por hablarme de esos zuecos que el tío Humberto me trajo de Holanda y de aquellos conejillos de indias que me regaló en otra ocasión. Gracias por regalarme esta postal con los besos que me mandó, con esos besos a Coralino. Gracias por contarnos tantas y tantas cosas de vuestra maravillosa infancia compartida, por hablarnos de vuestra juventud cómplice. Gracias por enseñarnos y transmitirnos el amor incondicional que os unía.

No sé si mi padrino Humberto dijo a sus amigos en algún momento de aquel 24 de marzo de 1973 que de ellos no se acordaría ni dios, como Adolfo escribe en la novela. No lo sé, nadie puede saberlo. Pero si así fue, si en algún momento llegó a pensarlo, me gustaría creer que desde esa tumba en el aire, desde esa fosa en un bosque de Las Landas francesas, Humberto, Fernando y Jorge están viendo que los seguimos recordando, que siguen vivos en nuestra memoria, y que saben que no los olvidaremos nunca.

Y que saben además que por ellos, que en su nombre, hemos ganado. Que los demócratas, quienes siempre hemos considerado que matar está mal, que siempre estuvo mal, hemos vencido. Que hemos derrotado a sus asesinos.

EL AUTOR

Adolfo García Ortega es escritor, traductor y articulista. En la década de los 80 se dedicó al periodismo de carácter cultural y a la crítica literaria en medios como *El País*, *Diario 16* y *La Vanguardia*. Entre los años 1988 y 1995 trabajó como vocal asesor en el Ministerio de Cultura. De 1995 a 2000 fue subdirector de la editorial El País-Aguilar. De 2000 a 2007 fue director editorial de Seix Barral. Actualmente trabaja como asesor en el área editorial del Grupo Planeta.

Es autor de una obra diversa, abierta a muy amplias inquietudes literarias. Sus cuentos están reunidos en el volumen *Verdaderas historias extraordinarias* (Seix Barral).

Ha publicado su poesía reunida bajo el título de *Animal impuro* (Fundación J.M.Lara / Vandalia, 2015), al que hay que añadir el reciente *Kapital* (editorial Ya lo dijo Casimiro Parker, 2020).

Ha escrito las novelas *Mampaso*; *Café Hugo*; *Lobo*; *El comprador de aniversarios*; *Autómata*; *El mapa de la vida*; *Pasajero K*; *El evangelista* (Galaxia Gutenberg, 2016) y *Una tumba en el aire* (Galaxia Gutenberg, 2019), ganadora del Premio Málaga.

Destacan sus ensayos *Fantasmas del escritor* (Galaxia Gutenberg, 2017) y *Abecedario de lector* (Paidós, 2020).

Ha sido galardonado con varios premios y sus obras están traducidas en distintas lenguas.

INFORME

DEL CENTRO MEMORIAL DE LAS VÍCTIMAS DEL TERRORISMO

- 1. *La estrategia del miedo. ETA y la espiral del silencio en el País Vasco***
Francisco J. Llera y Rafael Leonisio
- 2. *La sociedad vasca ante la memoria de las víctimas y el final del terrorismo***
- 3. *Las claves de la derrota de ETA***
Florencio Domínguez
- 4. *La yihad de Europa. Desarrollo e impacto del terrorismo yihadista en los países de la Unión Europea (1994-2017)***
Luis de la Corte Ibáñez
- 5. *ETA y otras bandas terroristas españolas en el archivo de la Stasi***
Ibon Zubiaur
- 6. *Muerte en Amara. La violencia del DRIL a la luz de Begoña Urroz***
Gaizka Fernández Soldevilla y Manuel Aguilar Gutiérrez
- 7. *ETA en la prensa internacional. Una aproximación al tratamiento del terrorismo en los diarios franceses, británicos y estadounidenses de referencia***
Isabel C. Martínez
- 8. *Notas sobre una investigación (para escribir Una tumba en el aire)***
Adolfo García Ortega

